



Teología y Santidad

Theology and Holiness

Card. Eduardo Francisco Pironio

Seminario Mayor San José - La Plata - Argentina

Resumen

El autor expone su mirada acerca de la importancia del estudio de la Teología para el cristiano, deteniéndose especialmente en la formación de los sacerdotes. Con sus diversas ramas, la Teología permite desplegar lo que fue recibido en el Bautismo y llevarlo a su plenitud. Este artículo, escrito por el entonces presbítero Eduardo Pironio, el alumno más eminente del Seminario, fue publicado en la *Revista de Teología* de la casa en el año 1951¹.

Palabras clave: teología, santidad, bautismo, sacerdocio, Pironio

Abstract

The author exposes his view about the importance of theological studies for the christian, especially talking about the priest's formation. With its various branches, the Theology allows to unfold what was received on Baptism and bring it to its fullness. This article, written by the then presbyter Eduardo Pironio, the most eminent student of the Seminary, was published in the *Theology magazine* of the house in 1951.

Keywords: theology, holiness, baptism, priesthood, Pironio

Recibido: 22/09/2022

Aceptado: 22/09/2022

Publicado: 25/11/2022

¹ Revista de Teología

Año I, N° 3, 1951, La Plata, Argentina, Seminario Mayor San José, pp. 35-42.





El título dice demasiado. Sólo queremos anotar la necesidad *normal* de una seria formación teológica para la santificación propia y la de los demás, e indicar de paso que, quizás, gran parte de los cristianos que vegetan en la mediocridad deban a deficiencias *intelectuales* su estancamiento. A falta de conocimiento de sus hondas capacidades sobrenaturales y de una comprensión más profunda de Cristo a cuya imagen deben irse “*renovando por el conocimiento*” (Col 3, 10).

Y como el nuestro, por muchas razones, debe ser un siglo de santos, debe ser también un *siglo de teólogos*. También entre los laicos -intelectuales, obreros y hombres de campo- aunque no sean “*teólogos de profesión*”.

La vida específica del hombre se atiende desde el aspecto de su entendimiento especulativo y práctico (*Suma teológica* II, II, q. 179 a. 2). Por eso su tendencia connatural es hacia la intuición de la simple verdad.

En el orden sobrenatural esta tendencia es hacia Dios intuitivamente poseído y gozado: *gaudium de veritate*. En el tiempo, este gozo se anticipa por el conocimiento claro-oscuro de la fe, que nos pone en contacto con la verdad revelada y que es el principio del saber teológico.

La teología es una participación de la ciencia divina que nos conduce a la contemplación de la divina esencia. Es el Verbo salido del Padre, como Verdad que es Camino para la Vida.

Esta intuición de la verdad, que en el ángel se da por simple aprehensión, en el hombre supone una serie de actos graduales que empiezan normalmente por la audición, la lectura, el estudio (*Suma teológica* II, II, q. 180 a. 3).

También en el orden filosófico la verdad recibida se piensa, se medita, hasta hacerla objeto de la simple mirada contemplativa.

En el proceso de santificación se sigue normalmente la misma trayectoria. El entendimiento debe ser hondamente iluminado por la fe infusa y por los Dones del Espíritu Santo; pero naturalmente debe haber una preparación de lectura y de estudio que advierta al cristiano su potencialidad de santo y le enseñe el modo de actuarla, realizando así su vocación divina.

Todo cristiano, asentado en un momento histórico fijado por Dios desde la eternidad, tiene una misión determinada, individual, que cumplir (su vocación como *tal* cristiano), pero tiene también una vocación general (su vocación como *cristiano*), a la santidad. Es la señalada por S. PABLO: “*Nos eligió para que fuéramos santos*” (Ef. 1:14), “*Nos llamó a la santidad*” (I Tes. 4:7).

Para que el bautizado advierta su ineludible vocación a la santidad y los caminos ordinarios para alcanzarla, débesele *descubrir* el misterio de la gracia, de su participación en Dios, de su filiación adoptiva por Jesucristo, de su actividad fecunda bajo la acción de los Dones del Espíritu Santo. Hay que asentarlo en su única realidad sobrenatural y desentrañarle el misterio de su vida trinitaria.

Esta es una función esencial del sacerdote *maestro*. Normalmente las almas se abren a la santidad por intermedio del sacerdote quien, por eso, debe ser *doctor* (I Tim. 3:2).



“*El Cuerpo Místico vegeta porque a la Iglesia de Cristo le faltan doctores y jefes*” (Philippon).

La santidad supone, pues, normalmente un trabajo previo de penetración teológica. Trabajo que debe realizar, primero, el sacerdote y luego el simple cristiano. Pero *todos*. La teología ha venido a ser predio exclusivo - ¡cuando lo es! - de sólo los clérigos. No puede ser.

La teología, por ser *ciencia de Dios* y una cierta anticipación de la visión, no puede quedar reducida a un simple mester de clerecía.

La época moderna que, desde el fracasado intento de suicidio cartesiano (autodestrucción de la inteligencia) ha pretendido cerrar a la inteligencia el campo de la metafísica, condenó también demasiado el trabajo intelectual en el proceso de la santificación.

Y así como ha surgido una filosofía de las apariencias sin realidad, del devenir sin ser, de la pura existencia sin esencias, en una palabra, una filosofía sin metafísica; así también se ha construido una santidad de fenómenos sin substancia, de sentimientos sin realidad, de voluntad sin inteligencia, en una palabra, una santidad sin teología. Es la primacía de la voluntad sobre la inteligencia, que termina siendo anarquía del sentimiento y de la fórmula. Esto coincide con la substitución de Dios -objeto de la teología- por el hombre. Vino a hacerse, así, una piedad antropocéntrica, psicológica, egoísta.

La santidad exige, normalmente, el trabajo de la inteligencia. Cristo rezó así por sus apóstoles: *Santificalos en la verdad*. La iluminación por la Verdad precede a la santificación formal por la caridad. La participación en el Verbo -lo cual es trabajo sabroso del teólogo- hace posible la participación en el Espíritu que “*difunde la caridad en nuestros corazones*” (Rom. 5:5).

El Cardenal Mercier atribuía la *decadencia* del espíritu cristiano a la “*Vulgaridad de la enseñanza religiosa*”. Porque no se entrega el dogma en el catecismo, en el púlpito, en el confesionario. De ahí la superficialidad, la inconsistencia y el sentimentalismo de nuestra vida cristiana, originadas por el desconocimiento radical del gran misterio cristiano que continúa, a veces, siendo *misterio escondido*.

Y sin embargo todo cristiano debe ser *testigo* de ese misterio: ante el Padre y ante los hombres. Ante el Padre, todo cristiano debe dar testimonio de su fuerte configuración a Cristo por la eminente santidad de su vida. Ante los hombres, debe dar testimonio de *todo lo que ha visto y oído*, por la substancial transfiguración de su persona.

Todo esto supone un trabajo de profunda penetración teológica, normalmente insustituible. Y, normalmente también, por obra del sacerdote.

Substancialmente la santidad es el desarrollo normal, progresivo y acelerado de la gracia -semilla de gloria- hacia la consumación por la eternidad. Movimiento hacia Dios que se acelera al final. *Motus in fine velocior*.

En la práctica este desarrollo coincide con una constante y profunda asimilación a Cristo, iniciada en el Bautismo y consumada en la muerte. Para el cristiano, por eso, los dos días más grandes de su vida son el de su bautismo y el de su muerte: iniciación de la santidad por la gracia y consumación por la gloria.



Son los dos extremos de nuestra filiación divina anotados por San PABLO: “*Nos predestinó para que fuéramos hijos adoptivos por Jesucristo*” (gracia- Ef. 1:3), “*Gemimos esperando la adopción de hijos*” (gloria- Rom. 8:23). En ambos casos es un llamado de predilección a la santidad: “*Nos eligió para que fuéramos santos*”.

Todo cristiano debe ir esencialmente configurándose a Cristo.

Configuración substancial por la gracia. “*Pues hemos venido a ser partícipes de Cristo*” (Heb. 3:14).

Configuración perfecta por la gloria. Cuando “*nuestro cuerpo de humillación se configure a su cuerpo de gloria*” (Fil. 3:21), entonces seremos “*conformes a la imagen de su Hijo*” (Rom. 8:29).

Configuración substancial y moral a Cristo por la vida sacramental y la participación en sus sentimientos (Fil. 2:5).

Pero todo esto supone un profundo conocimiento de la realidad divina de Cristo, de su generación eterna en el seno del Padre (Trinidad), de su misericordiosa generación en el seno de María (Encarnación) y de su inefable nacimiento en el seno del alma (Justificación). Los tres fecundos nacimientos de Cristo que rezamos diariamente en el Prólogo de San Juan y que deben hacerse objeto constante de nuestra contemplación.

La fórmula práctica de plena vida cristiana, de auténtica santidad, es aquel grito del Apóstol: “*Mi vida es Cristo*” (Fil. 1:21). Pero para ello es preciso aprehender a Cristo. “*Os anunciamos la Vida eterna que estaba en el Padre y se dejó ver por nosotros para que nuestra comunión sea con el Padre y con el Hijo*” (I J. 1, 1 sgs.).

Conocer a Dios profundamente para poder saborearle experimentalmente desde ya -en una cuasi prelibación beatífica terrena- es el fin de toda vida cristiana. Porque “*la vida eterna -vida de la gracia en el tiempo y de la gloria en la eternidad- es que te conozcan a Ti, oh Padre, y a Jesucristo a Quien Tú enviaste*”. Es decir que la vida cristiana es el conocimiento frutivo de la Trinidad, cuasi experimentalmente aprehendida por la fe viva e intuitivamente poseída por la visión.

Pero esto supone, normalmente, un conocimiento a fondo de toda la teología. La penetración más fecunda y sabrosa procederá siempre de una fe sávida, animada de los dones de entendimiento y sabiduría. Pero Dios pide nuestro esfuerzo. Él puede suplir extraordinariamente esta penosa ascensión de la sabiduría humana; pero no está obligado a multiplicar intervenciones que cohonesten nuestra pereza. Por eso exige, ordinariamente, una formación teológica firme y viva. Primero en el sacerdote, que debe mostrar los caminos de la vida, y luego en el cristiano que debe generosamente andarlos.

En el sacerdote. Por ser él *hombre de Dios*, la *ciencia de Dios* le pertenece por derecho. Tiene dos caminos para beberla: estudio y contemplación. Lejos de excluirse, se suponen y se completan. Al estudio intenso, laborioso, ascético, sigue el saboreo regalado de la comunicación divina que nos entrega el “*sentido de Cristo*” (I Cor, 2:16). Entre ambas cosas se forma la “*sabiduría de lo alto*” (Sant. 3:15) que es pura y pacífica.

La formación teológica sacerdotal empieza en el Seminario, se perfecciona durante el ministerio y no termina sino con la muerte. La sabiduría humana o *teándrica* se integra



entonces plenamente en la sabrosa visión de la Trinidad. La teología, imperfecta aquí por razón del teólogo viador, alcanzará su perfección consumada en el cielo.

El estudio, para el sacerdote, es medio específico de santificación, como la ciencia es forma específica de santidad sacerdotal. La santidad específica del sacerdote es santidad de maestro y de guía, de doctor y de jefe.

Esta formación teológica seria, que abarca toda la teología en maravillosa síntesis personal, se impone en el sacerdote por tres motivos particulares que dimanan de su papel esencial de mediador: por su oración, su predicación y su dirección de almas. En los tres casos se trata de preparar “*las cosas divinas para el pueblo*”. *Divina populo tradere*.

a) Su *oración*. Debe ir iluminada y nutrida por el dogma; de lo contrario será pobre y anémica. La comunicación con Dios, fecunda y efectiva, supone un claro conocimiento de su intimidad y de nuestras profundas raíces divinas, que se tornarán más claras a su vez por la oración. *Causae ad invicem sunt causae*.

b) Su *predicación*. Todo sacerdote es esencialmente maestro, doctor. Para ser un *buen ministro de Cristo* debe estar “*nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina*” (I Tim. 4:6).

Las tesis escolares del Seminario debe volcarlas él en un molde propio, en una síntesis personal, viva, construida desde un ángulo especial -Cuerpo Místico o Trinidad, p. e.- y a ser posible también escrita.

Así su predicación será formativa. La formación, aún por la enseñanza, es un proceso de generación que supone los otros dos de adquisición y de nutrición.

Adquisición de la doctrina, mediante el estudio a fondo de la teología, “*don del cielo*” (Sixto V), y la lectura asidua de la Sagrada Escritura, “*alma de la Teología*” (León XIII).

“*Debemos alimentarnos con la palabra revelada, en una comunicación constante con los Libros Santos [...] después debemos hacer del dogma el objeto preferente de nuestros estudios, en los escritos de S. Pablo, de S. Juan, de S. Pedro, en la tradición patristica, en las definiciones conciliares, en la Suma Teológica y en la Suma contra Gentiles de S. Tomás de Aquino*” (C. Mercier).

Nutrición, mediante la asimilación personal por la meditación y contemplación constante de las verdades aprehendidas hasta hacerlas carne propia.

La penetración, cada día más honda y completa, en la teología hará posible una predicación constructiva que no se limita a suscitar interés ni a provocar remordimientos ni a remover primeras conversiones, sino que impele a las almas hacia las altas cumbres. “*Pues le plugo elegirme desde el seno de mi madre y llamarme por su gracia, yo debo anunciar el alegre mensaje de su Hijo entre los gentiles*” (Gál. 1:15).

c) Su *dirección de almas*. Las almas, que deben ser llevadas a la santidad y no dejadas en un frío preceptismo de lo moral, urgen la formación teológica del sacerdote.

Una visión exacta, profunda y viva de los principios dogmáticos, aplicables luego a la vida espiritual. Para cada alma hay un camino distinto, pero los principios son únicos e insustituibles. Toda espiritualidad no fundada en el dogma es entusiasmo efímero y



sentimentalismo dañoso. *“Me gustan los libros de teología que abundan en ascética y los libros de ascética que abundan en teología”* (Franzelin).

El encuentro providencial de Santa Teresa con el P. Bañez y de sor Isabel de la Trinidad con el P. Valleé, son particularmente aleccionadores. Ambos teólogos confirman especulativamente las experiencias místicas y las hacen más conscientes.

El sacerdote director de almas pone en juego todo su saber teológico. Aquí se da la síntesis de toda la teología.

Eminentemente especulativa, la Teología nace del Verbo para reconducir al hombre a la visión de la Trinidad, mediante la aplicación práctica de sus principios. Es el mismo proceso del Verbo: *“Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo otra vez a mi Padre”*. Y el mismo proceso del cristiano salido de Dios por el Bautismo, asentado en el mundo para realizar su misión concreta y regresar luego a *la casa del Padre*.

De la especulación dogmática nace la Moral que debe conducir al hombre, por el camino de los preceptos integrado en el de los consejos, hasta la gozosa visión intelectual de la gloria. Por eso la Moral debe ser *“escuela de caridad como el Dogma es escuela de verdad”* (Pío XI); y por eso también debe completarse en la profundización de la Sociología, de la Ascética y Mística.

La Teología práctica se coloca así en medio de dos momentos de la Teología especulativa, porque es en realidad una sola ciencia *-magis tamen speculativa quam practica-* que *“principalmente trata de las cosas divinas”* y luego de los *“actos humanos en cuanto por ellos el hombre es conducido al perfecto conocimiento de Dios, en lo cual reside su eterna felicidad”* (Suma teológica I q. 1 a 4).

En el cristiano. Aparte de la justificación racional de su fe, es preciso que el cristiano aprehenda el contenido del mensaje cristiano. Así aprenderá a situarse sobrenaturalmente. A medida que vaya penetrando el gran misterio de Cristo *“que los gentiles son coherederos y miembros del mismo Cuerpo y coparticipes de la promesa en Cristo Jesús”* (Ef. 3:6)- irá exigiendo su vida en una superación aceleradamente ininterrumpida de santidad.

Comprenderá la *grandeza* de sus acciones vulgares, realizadas como hijo de Dios en la fecunda compañía del Primogénito, y la trascendencia divina de sus sufrimientos que lo asimilan más hondamente a Cristo y lo capacitan para la gloria. Porque *“si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, si es que sufrimos juntamente con Él para ser también con Él glorificados”* (Rom. 3:17).

Comprenderá la *responsabilidad* de sus menores movimientos de tremenda repercusión en todo el organismo cristiano y aún en todo el universo consagrado. Cualquier acto suyo -de santificación o de pecado- es de serio compromiso social, *“dado que el cuerpo no es un solo miembro sino muchos”* (I Cor. 12:14).

Comprenderá la *actividad* sobrenatural de su vida -humanamente estéril quizás- dentro del Cuerpo vivo de Cristo. Ya no se sentirá pasivo, en la Iglesia, como oveja conducida, como algo llevado, sino como *alguien*, como una persona, como un hijo de



Dios, que tiene una misión irremplazable, personal, ineludible, que debe realizar “*según la actividad propia de cada miembro*” (Ef. 4:16).

Sentirá el grave compromiso de pertenecer a la familia divina por la gracia y al Cuerpo de Cristo por el carácter bautismal; y de hacer que esa familia divino-cristiana se intensifique en vitalidad y se multiplique en extensión. De hacer que el Cuerpo de Cristo marche hacia su consumación “*alcanzando la estatura del Cristo total*” (Ef. 4:13).

La Acción Católica y las Misiones -típicos renacimientos de nuestro siglo- encuentran aquí sus raíces más hondas.

Nuestro tiempo -más propiamente, nuestro siglo- pese a todas las miserias que lo envuelven y a todas las convulsiones que lo sacuden, lleva un sello de privilegio: es el siglo de Cristo y de María.

Necesita ser un siglo de santos. La revolución materialista de nuestro siglo, con todas sus dolorosas consecuencias, exige la única solución de una multiplicación de santos. Dios está dispuesto a actuar las posibilidades de los bautizados; pero preparemos el terreno abriendo la inteligencia de los misterios.

Necesita ser un siglo de santos. Por eso, también, un siglo de teólogos.